

antiguas, la tradicion secular, las reliquias innumerables, los milagros imposibles, las leyendas absurdas, las fábulas de las donaciones constantinas, las ridiculeces de los monasterios degenerados, los eruptos de los frailes hartos que siempre le habian provocado el vómito, é inspirádole rabiosas palabras de combate, únicas en que su odio venciera y superara la natural poquedad de su débil complexion.

¿Qué hizo, pues, Erasmo en este grave apuro? Escoger en las tesis de Lutero la menos teológica y la mas moral, aquella que aparecia mas contraria ciertamente al sentido comun de la humanidad y mas en pugna con los principios de toda sana ciencia, la tesis de la gracia que suprimia por completo el libre albedrío y trocaba al hombre responsable y moral en una mera máquina sujeta como el émbolo, como la rueda, como cualquier objeto inerte, á las leyes indestructibles de una especie de inevitable mecánica celeste. Aquí, en este punto, la superioridad del Catolicismo sobre el Protestantismo no podia dar lugar á ningun género de duda. Dos grandes tradiciones habian corrido durante toda la Edad media por los senos de la teología, la tradicion africana de San Agustín, cuya idea de la gracia convertia á Dios en el destino antiguo y presagiaba el fatalismo mahometano, y la tradicion bretona de la libertad de Pelagio, la cual se inspiraba en el personalismo propio de su raza y presentia y anunciaba todo cuanto al hombre y á sus facultades y á su iniciativa debian dar las modernas ciencias en su pleno y omnilateral desarrollo. Lutero, que emancipó la conciencia, encadenó la voluntad, como el Pontificado, que emancipara la voluntad, encadenó la conciencia. De estos dos polos, de esta contradiccion, de esta antítesis debia resultar una síntesis filosófica muy verdadera y muy sana, que emancipando á un tiempo la voluntad y la conciencia, como factores componentes del humano espíritu, no desmintiera de ninguna suerte ni la realidad de Dios ni las leyes de su reconocida Providencia.

Lutero daba en su misticismo al pecado original tanta fuerza que le creia llamado á oscurecer todo el Universo. Despues de la falta de Adan, para él aparecia todo cambiado: el aroma de las flores del campo convertido en una especie de hedor cuando se compara con el aroma de las flores del Paraíso; los destellos de los astros parecidos á frias pavesas cuando se les pone en

frente de la luz inmaculada que cubria la tierra vírgen é inundaba los espacios limpios de toda sombra; pues el dia en que cayó con Adan todo el humano linaje irremisiblemente y por su mal en la culpa, surgieron los abrojos en las plantas, los venenos en los reptiles, los miasmas en las aguas, las garras en las fieras, las tinieblas en el cielo, las maldades en la voluntad, los errores en la inteligencia; terrible conjunto de males necesarios y fatalísimos contra el cual nada puede nuestro albedrío, inclinado por su propia naturaleza de un modo irremisible al pecado, que no puede ser combatido, ni contrastado siquiera por las humanas obras, todas pecaminosas como la naturaleza humana en su esencia, y que solo puede ser contrastado por la venida de Cristo, que contiene en sí, como un torrente vivificador, los raudales de la divina gracia.

Nada mas terrible que las lamentaciones de Lutero sobre la irremediable debilidad de la naturaleza humana y sobre la triste culpa contenida en todos sus actos. Ni las amarguras del libro de la Sabiduría, ni los lamentos de Job, ni las elegías de David, ni los trenos del Profeta de las ruinas, ni los gritos de los cautivos en Babilonia, ni la desesperacion de los romanos sorprendidos por las invasiones germánicas, ni los tercetos infernales del Dante, ni los apóstrofes del Prometeo de Esquilo, ni las iras de los condenados en el Juicio Final de Miguel Angel, ni las contorsiones del grupo de Laoconte, ni las carcajadas epilépticas de Hamlet en el cementerio, ni los apóstrofes sublimes de Segismundo en la esclavitud, ni todos los horrores de la escuela pesimista contemporánea pueden compararse á las trágicas palabras en que Lutero pinta la irremediable enfermedad del hombre, triste amasijo de lodo concebido en la corrupcion, sujeto al pecado así que late por vez primera en las tristes entrañas de su madre infeliz, hechura y agente de todas las iniquidades, crecido en la maldad y á la maldad condenado, sin poder levantar la cabeza gravada por los abrumadores remordimientos, sin poder ejercitar la voluntad reducida á desear y hacer el mal, marcado desde su origen con el sello de la reprobacion y del castigo aunque no los mereciera, y cuyos pensamientos, actos y deseos tienden como el acero al iman, como la brújula al polo, tienden invenciblemente al error y al crimen.

Quédase perplejo el entendimiento al ver doctrina tan desoladora. Y no

sabe uno qué extrañar mas en ella, si la contradiccion radicalísima con todas las tendencias del monje ó la irremediable debilidad á que condena nuestra naturaleza, incapaz de levantarse por su propio impulso á la verdad y al bien. Desheredado de toda conciencia moral, destituido de toda buena voluntad, peca de grado ó por fuerza, peca siempre, peca en todas partes haga lo que haga, piense lo que piense. Para Lutero atribuir al hombre la libertad equivale á darle una esencia que solo corresponde á Dios. Las almas se parecen á caballos sin freno que recorren desbocadas los espacios en guisa de cometas y que unas se someten al bien y otras al mal, segun que las coge Dios ó que las coge el diablo. El Salmista dijo la verdad cuando dijo: «Fuí hecho como una bestia de carga.» Lutero no comprendia que, sosteniendo tales ideas, iba necesariamente á dar en dos errores históricos de la mayor trascendencia, en el error del fatalismo mahometano y en el error del dualismo persa. ¡Ay! Si obramos necesariamente, si venimos predestinados al mal, si no bastan ni la conciencia moral á iluminarnos, ni el albedrío á dirigirnos, esclavos de la culpa, juguetes del destino, sombras del averno, vapores de la irremediable perversidad, todo queda destruido bajo el cielo y sobre la tierra: la libertad del hombre, la distincion entre el bien y el mal, la responsabilidad de nuestras acciones, las leyes morales, los códigos humanos, los tribunales de justicia, nuestra naturaleza propia y la sociedad entera, reduciéndose Dios á ser un tirano imbécil, que despues de crearnos malos necesariamente, nos exige con una irrisión indigna la inteligencia de la verdad y el cumplimiento del bien.

Esta doctrina tiene un nombre que le cuadra, esta doctrina se llama el siervo arbitrio, palabras con las cuales solo se ha querido enmascarar un desenfrenado fatalismo. Existe en el sistema luterano una predestinacion inexorable, dentro de la cual solo cabe una inmoralidad irremisible, que no puede apelar ni á la conciencia ni al libre albedrío del hombre. Los decretos del Eterno se cumplen para él independientemente de nuestra moralidad. Por manera que si el hombre cumple perfectamente todos sus deberes; conoce el bien supremo por medio de su conciencia y lo realiza y lo practica por medio de su voluntad; derrama obras caritativas y palabras de consuelo entre sus semejantes; aunque aparezca como un dechado de perfecciones, aunque realice la vida moral en todos sus desarrollos, aunque pueda servir de ejemplo á to-

das las generaciones, cuando Dios lo ha destinado al infierno, derechamente y sin remision alguna, se va el infeliz al infierno. El elegido, segun Lutero, no tiene parte ninguna en su conversion. Dios lo designa de un modo arbitrario al cielo por necesidad. De suerte que, en los malos pensamientos y en las malas obras del malvado, late la esencia divina misma, y de los crímenes cometidos en este mundo es Dios el autor y Dios el responsable. Cuando se mira el Universo al través de esta idea errónea, el hombre desaparece por completo y solo queda Dios, resolviéndose en mil fenómenos, determinaciones varias de una sola sustancia. El panteísmo Espinosista, formulado un siglo mas tarde, y segun el cual desaparece la personalidad humana en la sustancia divina, como el grano de arena en los desiertos, como la gota de lluvia en los mares, como la esencia del aroma en los aires, ese absorbente sistema, en cuyos cánones Dios es todo, quedando la voluntad individual convertida en una especie de fuerza cósmica semejante á la fuerza misteriosa de los flúidos; este conjunto de principios atentatorios á la existencia del hombre y al principio humano de la libertad, aparece ya como una alborada en las doctrinas nefandas de Lutero sobre el libre albedrío y su evidente ejercicio. El sofisma nada puede contra la verdad eterna. Estaremos debilitados como quiere la teología por la solidaridad con la culpa que nuestros primeros padres cometieran allá en el Paraíso; estaremos encerrados dentro de una organizacion, sujeta por necesidad á las enfermedades y á la muerte; las leyes dinámicas y las leyes mecánicas del Universo pesarán sobre nosotros como abrumadora cadena; imposible, dado nuestro organismo, burlar la física ni la química del Universo, á cuyo conjunto pertenecen nuestros átomos; la educacion de un lado, el hábito, las supersticiones impuestas ó adquiridas mermarán nuestra actividad; el motivo determinante de las acciones humanas tendrá en nosotros la misma fuerza que el vapor en la máquina; por todas partes chocaremos con el límite; pero no puede dudarse, no, que la facultad verdaderamente característica de nuestro sér, aquella por cuya virtud constituimos una personalidad verdaderamente moral, la voluntad, no duerme ni un minuto en nosotros, no desaparece, no, en los mayores desmayos, antes bien determina y causa toda nuestra existencia, elevándonos en el círculo de nuestras atribuciones naturales á verdaderos agentes que modifican, por virtud de su